

La juventud como privilegio: una lectura de Mario Margulis

Lara Viñas



A menudo nos dicen que ser joven es un trámite biológico, un puñado de años antes del “deber ser” adulto. Pero si algo nos enseña Mario Margulis es que la edad es apenas un envase. La juventud no es una etapa universal ni una condición natural; es una construcción histórica, cultural y social. En otras palabras, todos envejecemos al mismo ritmo biológico, pero no todos tenemos el mismo derecho a vivir la juventud.

Para Margulis, la juventud es un significante complejo: un territorio donde la cultura procesa la materia prima de la biología para moldear identidades profundamente desiguales. No existe una única juventud, sino múltiples juventudes atravesadas por la clase social, el género, la generación, la familia, el barrio y las instituciones. La edad constituye apenas el punto de partida; son las condiciones sociales las que determinan qué significa realmente “ser joven”.

La juventud como privilegio

La juventud funciona como un privilegio distribuido de forma desigual. La posibilidad de equivocarse, cambiar de carrera, estudiar durante años, viajar o simplemente “buscarse a uno mismo” depende de recursos económicos, familiares y culturales.

Así, la juventud deja de ser solamente una edad para convertirse en una forma de ciudadanía: algunos pueden ejercer plenamente tiempo ese tiempo de exploración, mientras que otros son expulsados de él antes incluso de haber comenzado.

La juventud como privilegio: una lectura de Mario Margulis

Esta desigualdad aparece explícita en dos conceptos fundamentales: **moratoria social** y **moratoria vital**.

La **moratoria social** es el período de “permiso” que ciertos jóvenes reciben para postergar las responsabilidades adultas mientras estudian y construyen su proyecto de vida. Es un tiempo socialmente legitimado para aprender, experimentar y equivocarse. Sin embargo, este beneficio nunca fue universal. Históricamente estuvo reservado a quienes pertenecen a sectores medios y altos capaces de sostener económicamente una prologación de los estudios y retrasar el ingreso al mercado laboral.

Pero margulis advierte que limitar la juventud únicamente a quienes disfrutan de esa moratoria sería excluir a millones de jóvenes latinoamericanos. Por eso introduce un segundo concepto: la **moratoria vital**.

La **moratoria vital** reconoce que todos los jóvenes, independientemente de su clase social, poseen un capital biológico ligado a la edad: energía, salud, capacidad reproductiva y una percepción subjetiva de que la muerte todavía está lejos. Ser joven también significa ocupar el lugar del hijo dentro de la familia y sentir que aún existe un largo horizonte temporal para construir la propia vida. Esa distancia psicológica respecto de la muerte constituye una experiencia compartida que atraviesa a todas las clases sociales.

Sin embargo, cuando la pobreza impide estudiar o trabajar, ese capital biológico deja de transformarse en oportunidades. El excedente de vida se convierte en un tiempo vacío. Margulis realiza una observación muy fuerte: distingue entre el tiempo libre legítimo (ganado después del estudio o del trabajo) y el **tiempo penoso** de la exclusión. Para los jóvenes marginados, disponer de muchas horas libres no representa libertad, sino el recordatorio permanente de que el sistema no encuentra lugar para ellos. La sociedad no reconoce ese tiempo como ocio, sino como inutilidad.



Cuando la juventud se convierte en mercancía

Paradójicamente, mientras millones de jóvenes reales encuentran enormes dificultades para construir un proyecto de vida, el mercado nunca había valorado tanto la juventud. Pero cuidado: el mercado no vende juventud, sino jovialidad.

No comercializa una etapa vital atravesada por incertidumbres, sino una estética cuidadosamente diseñada. Publicita un cuerpo legítimo: blanco, delgado, atlético, saludable y eternamente joven. Sobre ese cuerpo se proyectan atributos como el éxito, la innovación, la belleza, la libertad y el deseo. La juventud deja entonces de ser una experiencia para convertirse en una mercancía.

Este proceso genera lo que Margulis denomina expropiación simbólica. Al instalar un único modelo corporal como ideal universal, los medios descalifican las formas de belleza construidas por los sectores populares. Quien trabaja físicamente desde muy joven, quien no puede acceder a gimnasios, cosmética, dietas o cirugías, queda automáticamente excluido del ideal juvenil dominante. El mercado nos roba nuestra imagen para devolvernos un ideal de plástico que solo puede sostenerse mediante el consumo constante.

Si Margulis escribiera hoy, probablemente encontraría en Instagram o TikTok la máxima expresión de esta lógica. Las redes sociales no exhiben juventudes reales, sino versiones cuidadosamente editadas de ellas. El algoritmo premia la apariencia juvenil permanente mientras invisibiliza la precariedad, la ansiedad o la incertidumbre que atraviesan a gran parte de los jóvenes. La juventud deja de ser una experiencia para transformarse en una performance.

Generación: cada juventud habita un mundo distinto

Cada cohorte nace en un contexto histórico diferente e incorpora naturalmente los códigos culturales de su época. Quienes fueron jóvenes en 1968 crecieron en medio de la Guerra Fría, las movilizaciones estudiantiles, la revolución sexual y las grandes utopías políticas.



La juventud como privilegio: una lectura de Mario Margulis

Nuestra generación, en cambio, se socializa en un mundo atravesado por internet, la inteligencia artificial, las redes sociales, la inmediatez y la fragmentación de los grandes relatos. No pensamos igual porque vivimos mundos distintos. Cada generación construye nuevas formas de interpretar la realidad.

Género: el tiempo tampoco corre igual para todos

La juventud tampoco se vive de igual manera entre hombres y mujeres.

El llamado “reloj biológico” nunca es solamente biológico; siempre está atravesado por mandatos culturales. En los sectores medios, el acceso a la educación, al trabajo y a los métodos anticonceptivos permite retrasar la maternidad y construir proyectos profesionales antes de formar una familia. En los sectores populares, en cambio, muchas veces la maternidad continúa funcionando como una de las pocas formas de reconocimiento social disponibles.

Margulis muestra cómo la desigualdad económica termina convirtiéndose también en desigualdad sobre el propio cuerpo. Mientras algunas mujeres pueden decidir cuándo ser madres, otras ven restringidas esas posibilidades por la precariedad, la falta de acceso a la salud, la educación sexual o los anticonceptivos.

Clase social: quién puede decidir sobre su futuro

La clase social atraviesa toda la teoría de Margulis porque determina cuánto control tiene una persona sobre su propia vida.

Los sectores medios suelen desarrollar una mayor confianza para intervenir sobre su cuerpo, planificar estudios, organizar la maternidad o proyectar el futuro. En cambio, los sectores populares experimentan con frecuencia una relación más incierta con el cuerpo y con el tiempo. Las limitaciones materiales producen una sensación de fatalismo: la vida parece depender más de circunstancias externas que de decisiones propias. Así, la desigualdad económica termina convirtiéndose también en desigualdad sobre las expectativas.



¿Cuándo termina realmente la juventud?

La respuesta parece sencilla: cuando llega la adultez.

Sin embargo, Margulis demuestra que esa frontera también se ha vuelto incierta. Ya no se es adulto simplemente por trabajar, independizarse o formar una familia, porque esos hitos se encuentran profundamente erosionados por la precarización económica. Cada vez más personas prolongan su permanencia en el hogar familiar no por elección, sino porque el contexto se los impone. La adultez deja entonces de ser una etapa claramente definida y se convierte en un horizonte difuso.

Quizás la reflexión más profunda del autor sea que las grandes preguntas de la juventud nunca desaparecen realmente. Las inquietudes sobre quiénes somos, qué queremos hacer con nuestra vida o qué lugar ocupamos en el mundo no encuentran necesariamente una respuesta con el paso del tiempo. Muchas veces simplemente quedan silenciadas por la urgencia de sobrevivir.

En definitiva, Margulis nos obliga a abandonar una idea cómoda: creer que todos fuimos jóvenes del mismo modo. Su obra demuestra que existen tantas juventudes como posiciones sociales existen en una sociedad desigual. La edad es apenas el punto de partida; son la clase, el género, la generación y la cultura quienes terminan definiendo cuánto tiempo podemos ser jóvenes, cómo habitamos nuestro cuerpo y qué futuro imaginamos posible. Quizás la pregunta ya no sea cuándo termina la juventud, sino quiénes tienen realmente el privilegio de vivirla. Porque, en una sociedad que vende juventud mientras niega oportunidades para ejercerla, crecer deja de ser un proceso natural y se convierte en una experiencia profundamente política.



Referencias bibliográficas:

Margulis, M. (2009). Sociología de la cultura: Conceptos y problemas. Biblos. Capítulos “Juventud: presente y futuro” (pp. 99-116) y “Adolescencia y cultura en la Argentina” (pp. 117-124).

